

Presentación

La salud mental atrae una creciente atención en el debate público de los países occidentales. En muchas sociedades de nuestro entorno, y también en la nuestra, profesionales de la salud, científicos, representantes de organizaciones de diverso tipo, políticos y medios de comunicación llaman recurrentemente la atención sobre indicadores que reflejan el amplio alcance de los problemas de salud mental en la población. Por lo que se refiere a España, abundan las noticias sobre el aumento de la incidencia de la depresión y el incremento de las tasas de consumo de antidepresivos y ansiolíticos, ya entre las más altas de Europa. Motivo de preocupación es también el deterioro de la salud mental de niños y adolescentes, que a menudo se pone en relación con el uso de dispositivos electrónicos y redes sociales. A todo ello se añade el aumento de la mortalidad por suicidio en los últimos años, convertido en la primera causa externa de muerte.

Ante estas evidencias, las respuestas suelen centrarse en el sistema de salud, reclamando más especialistas y más servicios para atender a quienes sufren trastornos de salud mental. Sin duda, una atención sanitaria accesible y adecuada es fundamental para aliviar el sufrimiento particular de los muchos afectados. Sin embargo, a estas tendencias en salud mental subyacen no solo problemas individuales, sino también sociales. Por tanto, las explicaciones y respuestas no pueden circunscribirse a lo patológico y biomédico; han de incluir también cuestiones relacionadas con la organización social, tales como las relaciones familiares y laborales, el acceso a bienes y servicios que protegen con-

tra la pobreza y procuran bienestar o las nuevas formas de comunicación interpersonal.

Este planteamiento ha impulsado la edición y publicación del número 38 de PANORAMA SOCIAL. Los artículos incluidos en este número han sido elaborados por investigadores de disciplinas tan diversas como la sociología, la filosofía, la psicología, la economía, la salud pública o las neurociencias. A través de enfoques teóricos y empíricos, cualitativos y cuantitativos, los artículos dan cuenta de la extensión y las diferentes dimensiones de los principales trastornos de salud mental, indagando en sus causas, además de reflexionando sobre las posibles vías de mejora de la situación actual.

El número comienza con un artículo de **Baptiste Brossard** (Universidad de York) y **Amy Chandler** (Universidad de Edimburgo), que introduce a los lectores en las explicaciones sociológicas de la actual "crisis de salud mental". Como señalan los autores, la popularización de concepto "crisis" para referirse a este fenómeno ya tiene implicaciones sociales significativas. Pero la dimensión social de la salud mental cobra particular relieve cuando se expone su relación con las desigualdades entre grupos, la producción del estrés en el seno de la sociedad, la proliferación de etiquetas para las enfermedades mentales, así como también las dinámicas e influencias culturales en las experiencias y percepciones de tales enfermedades.

A continuación, **Víctor Fernández Castro** (Universidad de Granada) y **Miguel Núñez de Prado Gordillo** (Universidad de

Utrecht) formulan una paradoja: ¿cómo es posible que el número de casos de depresión no pare de crecer, a pesar de los avances en las técnicas de diagnóstico y tratamiento, así como de una mayor disponibilidad y accesibilidad de servicios de salud mental? Los autores argumentan que, al menos parcialmente, esta explosión diagnóstica de la depresión se debe al “efecto bucle” producido por varios factores, entre ellos, el aumento de información relacionada con nuevas clasificaciones diagnósticas, la naturaleza social de nuestras capacidades meta-cognitivas y la aparición de ciertas narrativas que colocan al individuo como fuente principal de sus malestares.

Sobre la depresión versa también el tercer artículo, en el que **M. Inmaculada Infantes-López, Margarita Pérez-Martín y Carmen Pedraza** (Universidad de Málaga), trazan las manifestaciones clínicas de la depresión, sus causas y su impacto en el individuo y la sociedad. Pese a los numerosos agentes farmacológicos y las terapias psicológicas existentes para abordar este trastorno, las autoras señalan la eficiencia incompleta de los tratamientos actuales y destacan la importancia de la prevención, y en particular, de seguir estilos de vida saludables. A su juicio, aunque la búsqueda de nuevos tratamientos es crítica de cara al futuro, la inversión en salud y el autocuidado constituyen las herramientas más poderosas para combatir la depresión.

Una cuestión estrechamente relacionada con la salud mental es el suicidio, asunto sobre el que trata el artículo de **Juan García Haro** (Servicio de Salud del Principado de Asturias, SESPA), **Henar García-Pascual** (SESPA), **Elena Blanco de Tena-Dávila** (Universidad Rovira i Virgili), **Mónica Martínez Sallent** (SESPA) y **Paloma Aranguren Rico** (SESPA). Los autores presentan los elementos que definen el modelo existencial-contextual, centrado más en las personas y sus circunstancias socio-biográficas que en el diagnóstico y la medicación. Sobre la base de su análisis, defienden abordajes al suicidio mucho más específicos y contextuales que los que a menudo se practican en aplicación del enfoque biomédico.

Centrando la atención en el caso español, **Almudena Moreno** (Universidad Pública de Navarra), **Lourdes Lostao** (Universidad Pública de Navarra) y **Enrique Regidor** (Universidad

Complutense de Madrid y CIBER de Epidemiología y Salud Pública) examinan los datos proporcionados por las Encuestas Nacionales y Europeas de Salud para estimar la evolución de trastornos mentales comunes (depresivos y de ansiedad), así como el consumo de psicofármacos. Entre sus hallazgos, los autores llaman la atención sobre la influencia de factores socio-demográficos en la salud mental y en el acceso a los servicios sanitarios.

En este mismo sentido, **Ricardo Pagán** (Universidad de Málaga) y **Miguel Ángel Malo** (Universidad de Salamanca) identifican el sexo y la edad como variables clave para explicar el impacto de la pandemia de COVID-19 en la salud mental de la población española. Los resultados de su investigación, basada en diversas encuestas nacionales, muestran que la emergencia sanitaria y las medidas que se adoptaron para combatirla afectaron más a las mujeres que a los hombres, y más a los jóvenes que a los mayores. De estas conclusiones extraen la recomendación de prestar especial atención a esos colectivos en el diseño y la aplicación de políticas de prevención y detección precoz de los problemas de salud mental.

La relación entre el trabajo y la salud mental constituye el objeto de investigación de **Aroa Tejero y Sigita Doblytė** (Universidad de Oviedo), que, a la luz de datos procedentes de varias encuestas nacionales, subrayan el papel del empleo como un factor protector de la salud mental, comprobación que hacen incluso en las posiciones bajas de la distribución de la renta. En otras palabras, trabajar favorece la inclusión más allá de la dimensión económica, toda vez que el empleo adquiere una capacidad fundamental de integración social a través del estatus y las relaciones personales.

Acerca de la influencia del trabajo en el bienestar emocional aportan también datos y argumentos **Raúl Payá Castiblanque** (Universidad de Valencia) y **David Luque Balbona** (Universidad de Oviedo), que, tras examinar los datos de la *Encuesta Nacional de Condiciones de Trabajo*, hallan una relación entre la elevada intensidad laboral –física, cognitiva y/o emocional– y el sufrimiento de patologías psicosomáticas. Observan asimismo que la capacidad de decisión sobre cuestiones tales como los ritmos o los métodos del trabajo favorece la prolongación de la vida laboral, un resul-

tado interesante no solo en el contexto actual de envejecimiento de la población trabajadora, sino también desde el punto de vista del bienestar mental de los trabajadores.

Finalmente, **Patrick Brown** (Universidad de Ámsterdam) se aproxima a la cuestión de la salud mental desde un ángulo particular, el de la esperanza de restablecimiento o, al menos, de mejora del trastorno emocional. Su artículo profundiza en las características y dinámicas de la esperanza en distintas situaciones de vulnerabilidad e incertidumbre. Qué se desea, qué es posible imaginar, qué se considera probable y qué tipo de esperanzas se perciben como legítimas entre quienes sufren situaciones de vulnerabilidad extrema, como los afectados por trastornos de salud mental, son preguntas vinculadas no solo con la propia enfermedad y las características individuales de los pacientes, sino también con factores institucionales y político-económicos.

En definitiva, si, como han escrito Brossard y Chandler en un libro de reciente publicación¹, “la sociología de la salud mental se ha convertido en una sociología de la mayoría”, es preciso que el conjunto de las ciencias sociales dedique tiempo y recursos a generar conocimiento y reflexión sobre un tema que afecta tan ampliamente a las sociedades contemporáneas. Tal ha sido el propósito de Funcas con este número de *Panorama Social*, cuyos artículos promueven el diálogo entre las distintas disciplinas sociales como vía para avanzar en la comprensión de la “crisis de salud mental”. Comprenderla mejor es imprescindible para diseñar las medidas y los medios que permitan contener la progresión de unas enfermedades que ya se perciben como epidémicas en este siglo.

¹ Brossard, B. y Chandler, A. (2022). *Explaining Mental Illness: Sociological Perspectives*. Bristol University Press.